

Movimientos sociales en Brasil. Desafíos en la construcción de la ciudadanía

Jacobi, Pedro

Pedro Jacobi: Brasileño. Investigador del Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC), Sao Paulo. Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de Sao Paulo.

Desde sus inicios, en los movimientos reivindicativos urbanos de Brasil participan un conjunto de actores con orígenes y prácticas políticas diferenciadas. Aunque sus concepciones no sean uniformes, principalmente en cuanto a las estrategias de movilización y al significado político de las luchas, la actividad en los barrios revela su importancia no sólo como espacio de sobrevivencia frente al control ejercido por el régimen sobre las actividades políticas y sindicales durante la mayor parte de los años 70, sino como marco explícito de demandas relativas a la reproducción social y a las condiciones de vida de los sectores más excluidos en las ciudades y metrópoli del país.

En la coyuntura de la crisis del autoritarismo, el ascenso de los movimientos y de las organizaciones políticas de oposición configura la consolidación de los pobladores barriales en la lucha por el derecho a la ciudadanía. Muchos movimientos se vuelven catalizadores de un discurso antiestatal a escala nacional, como reflejo del corte que se opera entre la sociedad civil y el Estado, que estimula el surgimiento de diversas formas de resistencia. Los cambios políticos posteriores implican un paulatino proceso de redemocratización de la sociedad, e instalan la permanente tensión existente entre el carácter de resistencia del movimiento social y su institucionalización.

Desigualdades metropolitanas y movilización popular

En Brasil, el aceleramiento del proceso de urbanización está marcado por una acentuación de las diferencias en las condiciones de vida entre los habitantes de las áreas

as centrales y periféricas de las ciudades. En este contexto se destaca la ciudad de Sao Paulo, como uno de los ejemplos más notorios de politización de la problemática urbana, con el surgimiento de formas populares de organización que comienzan a enfrentar gradualmente las carencias de servicios urbanos básicos.

El cuadro de las carencias se va agravando cada vez más en la periferia, provocando una elevación en los índices de mortalidad infantil, como consecuencia de la escasez de servicios básicos de saneamiento, además de la creciente falta de vivienda, la precariedad en los sistemas de transporte y la problemática de los salarios.

Durante ese período la Iglesia, a partir del trabajo de las Comunidades Eclesiásticas de Base (CEBs) y de otros agentes pastorales, desarrolla un trabajo que es prácticamente la única alternativa de participación de las clases populares a nivel de los problemas del barrio y el embrión de gestación de innumerables movimientos reivindicatorios urbanos. La Iglesia comienza a intensificar la lucha por los derechos humanos, partiendo de las necesidades de la población en las zonas más carentes.

Este trabajo se inicia alrededor de 1970, momento en que la represión alcanza sus niveles más intensos y en estas condiciones, la acción de la Iglesia se configura como una de las pocas, la única tal vez, alternativa de participación existente para los pobladores de las zonas periféricas de la ciudad.

Con el empeoramiento de las condiciones de vida de la población de las zonas marginales, las Sociedades de Amigos de los Barrios comienzan a proporcionar a estas poblaciones programas de acción y a obtener apoyo político de las mismas. Este hecho coincide con la avasallante victoria de la oposición en las elecciones parlamentarias, reflejando la crisis de legitimidad del régimen. A esta altura, se encuentran en la lucha contra la arbitrariedad los liberales del MDB (Movimiento Democrático Brasileiro), la Iglesia y la izquierda que, venida de la experiencia de la derrota de la lucha armada, reconoce la importancia de los valores democráticos. Por el arraigo de la Iglesia en la experiencia histórica brasilera y su incuestionable legitimidad, será bajo su amparo que esta unión saldrá de los círculos más restringidos de las élites políticas, pasando al escenario público.

En este clima, los movimientos ligados a la Iglesia, tienden a proliferar tanto en los barrios como en las fábricas. Estas últimas a través de las oposiciones sindicales y del naciente «Sindicalismo Auténtico», ambos con gran influencia católica. Estos movimientos hacen cada vez más explícito el rechazo al orden que los oprime produciendo la carencia en los barrios, el control en las fábricas y el silencio en el con-

junto de la sociedad, llevándolos a identificar al Estado como el gran antagonista de su actividad. La identificación del conjunto de estos movimientos, aunque autorizados, y su carácter opositor, permiten un ensayo de participación conjunta que se materializa en el Movimiento Contra la Carestía. Este movimiento, verdadera asamblea de movimientos sociales, busca en el cuestionamiento y en el costo de la vida un denominador común para las expresiones más particularizadas. No por casualidad sus reuniones se llevan a cabo en locales de la Iglesia y sus principales líderes expresan la alianza básica entre los sectores populares.

Los 70: la visibilidad de las luchas populares

A mediados de la década de los 70, surgen y se multiplican los movimientos reivindicatorios en la zona periférica de la ciudad de Sao Paulo. Este proceso de organización se inicia principalmente alrededor del trabajo desarrollado por las CEBs, a partir de 1972. A través de grupos de jóvenes, club de madres y otras actividades las CEBs representan una de las pocas, si no la única alternativa para las clases populares de comenzar una discusión sobre las condiciones de vida de los pobladores, propiciando así el desarrollo de formas democráticas de participación de base y el surgimiento de liderazgos locales.

A partir de la reflexión conjunta sobre la situación del barrio, la acción de las CEBs propicia un crecimiento de la experiencia colectiva, estimulando la práctica de la solidaridad entre sus pobladores. Así van siendo creadas las primeras iniciativas y la formulación de los problemas cotidianos del barrio, instancias que algunos años más tarde se transformarán en movimientos reivindicatorios.

El trabajo de las CEBs se configura a partir de la multiplicación de las experiencias de compras comunitarias, que aglutinan en actividades colectivas a los pobladores de los barrios como solución autogenerada a los problemas de abastecimiento y frente a las demás actividades ligadas al cuestionamiento de las condiciones de vida de la población, que estaba viviendo en agrupamientos desprovistos de mínimas mejorías urbanas. Los pequeños núcleos que existían aisladamente en los barrios comenzaron a diseminarse, articulando más zonas y permitiendo la unificación de algunas luchas, consolidando así su organización colectiva. En la periferia de la zona sur de Sao Paulo, los pequeños grupos de pobladores que se formaron en los años anteriores articulan poco a poco un método de trabajo que convoca a la población a participar en él. A partir de investigaciones, requerimientos, visitas de casa en casa, estos militantes católicos atraen a más personas para pensar colectivamente en la solución de sus propios problemas cotidianos, presentando una pers-

pectiva de acción colectiva que atrae también a personas con experiencia de participación y prácticas políticas anteriores.

Movimientos sociales y Estado: dos polos en proceso

Dadas las características asumidas por los movimientos sociales en Brasil, éstos se desarrollan principalmente como un reflejo de la precariedad o de la ausencia directa de canales de representación, o de las sujeciones institucionales existentes en el periodo autoritario. A medida que esta situación comienza a revertirse y los partidos adquieren presencia y competitividad en la sociedad, los movimientos pierden su dinamismo y su visibilidad, denotando su carácter coyuntural, vinculado a la inexistencia de canales de participación y al hecho de que el Estado, al renunciar a su función de proveedor de servicios colectivos, genera en las poblaciones carenciadas un potencial reivindicatorio delimitado en el tiempo y en el espacio (Jacobi, 1987).

El discurso autónomo de los movimientos sociales y su carácter antiestatal, configura una relación de negación y oposición que oculta el potencial del Estado de actuar como inductor de las demandas. Esto deriva principalmente del hecho de que estos movimientos se constituyen como una respuesta a la propia violencia institucional del Estado que afecta principalmente a los pobladores de los barrios periféricos en la esfera de lo cotidiano.

Un examen de los movimientos reivindicatorios, indica que éstos no se han logrado en el sentido de transformar a la sociedad imprimiéndole una nueva dirección, pero actúan, principalmente, como grupos de presión sobre el Estado a fin de obtener respuestas concretas a sus demandas a través de dinámicas diferenciadas, aunque pautadas por un mayor encuadramiento institucional. En este sentido, el ciclo de vida y el alcance de los movimientos se torna un indicador de su dimensión institucionalizada. La mayoría de los movimientos no presentan manifestaciones más amplias, a pesar de la voluntad y de los intentos de los militantes partidarios que actúan en diferentes barrios. Aquellos presentan un ciclo de vida bastante acotado, pasando por etapas de mayor y de menor movilización, pero configurando un proceso donde el logro de las metas inmediatas representa, generalmente, el término de la actuación colectiva. La sobrevivencia de algunos movimientos a lo largo de los años refleja principalmente la capacidad de los liderazgos para mantener niveles significativos de participación, expresados en la contraposición a las formas tradicionales de movilización (Machado e Ribeiro, 1985).

Los factores que afectan la movilización de la población están vinculados directamente a la percepción de carencias comunes, en una profunda conexión con la noción de derechos básicos. Los movimientos se constituyen a partir de dos elementos tradicionales: las carencias y el trabajo desarrollado por la organización de los pobladores. Entre ambos, existe un elemento articulador, constituido por un conjunto de mecanismos internos al movimiento que permite el paso de la necesidad a la reivindicación, medida por la afirmación de un derecho.

La presencia de otros sectores sociales y políticos posibilita, a través de dinámicas diferenciadas, la formación de carencias de relacionamiento y dirigidas a una forma de acción. Se constata que la población movilizada actúa principalmente en función de una demanda concreta y puntual. Algunos movimientos representan una forma más desarrollada del llamado patrón comunitario, conjunto organizativo de cuestionamiento de las prácticas burocráticas, con fuerte influencia del modelo de las Comunidades Eclesiásticas de Base por su énfasis en la igualdad y en la constitución del colectivo en el plano público. En esta perspectiva, el aspecto más significativo es el peso que tiene la vivencia de carencias cotidianas y de privaciones en la construcción de una ciudadanía colectiva en una sociedad que tradicionalmente ha marginado a los sectores populares. Este proceso amplía la vivencia individual y provoca reformulaciones en la esfera de lo privado, donde la respuesta del Estado se convierte en un fuerte indicador de la acción colectiva (Cardoso, 1987).

Se debe destacar, entre tanto, el significado que las transformaciones del proceso político más amplio provocan en el perfil del movimiento a medida que éste pasa a ser reconocido cada vez más como interlocutor. En el proceso del diálogo con los movimientos populares el discurso se transforma, incorporando paulatinamente las demandas de la población de los barrios periféricos.

El Estado no continúa viendo los movimientos solamente como sus adversarios y legitima sus reivindicaciones. Muchos de estos movimientos apuntan, a partir de la posición del colectivo, hacia una calidad diferente de participación en la gestión de la cosa pública, donde la representación no resume todo el esfuerzo de organización, pero sí configura parte de un proceso donde los pobladores crean las condiciones para influir en la dinámica de funcionamiento de un organismo del Estado.

Acción colectiva y práctica de los actores

Los movimientos reivindicatorios urbanos en Brasil exhiben, a lo largo de su existencia, la participación de un conjunto de actores con orígenes y prácticas políticas bien diferenciadas. El papel de los actores vinculados a los movimientos sociales aquí analizados, definidos como miembros de la comunidad y «asesores», «articuladores sociales», «mediadores», o «agentes externos» (Iglesia, agentes pastorales, profesionales - arquitectos, médicos, abogados, etc.-, militantes de partidos políticos y organizaciones de izquierda), asumen suma importancia en la articulación y desarrollo de estas luchas. Se destacan las representaciones que estos sujetos elaboran alrededor de la interacción de sus prácticas y de sus concepciones acerca del cambio social. Esta reflexión en torno a la acción permite pensar no solamente cómo los movimientos articulan su movilización a partir de sus valores de referencia, sino sobre la influencia de los asesores en la construcción de las demandas del día a día.

El papel desempeñado por los movimientos sociales más recientemente, ha dado lugar a interpretaciones divergentes. Al optimismo predominante en la década de los 70, y a la posibilidad de ampliar el nivel de participación de los sectores más desheredados en el contexto de los gobiernos de oposición iniciados en 1983, se sucede la decepción. Los movimientos tenían como punto de convergencia la contestación de la legitimidad del poder en la lucha por sus necesidades básicas. Con el ascenso de los gobiernos democráticos en 1983, se verifica que la posibilidad de cambio no corresponde a las expectativas, tanto en el plano de la participación popular como en el plano de las realizaciones, lo que provoca un reflujo en los movimientos.

Con los cambios que ocurren en el cuadro político institucional del país a partir de 1983, los movimientos reivindicatorios urbanos pasan a enfrentar efectivamente la permanente tensión, que les es característica, entre la innovación y la institucionalización. El aspecto innovador puede ser visto en cuanto a su relativa autonomía frente al Estado, partidos políticos y los políticos propiamente dichos. La institucionalización representa básicamente la perspectiva de negociar e interactuar con el Estado, lo que frecuentemente ha provocado interpretaciones contradictorias sobre el carácter de los movimientos y su potencial de transformación.

Actores sociales en proceso

A mediados de la década de los 70, un conjunto de actores comienza a intervenir activamente, dando a conocer las carencias de las poblaciones de las zonas periféricas - la Iglesia y sus agentes pastorales, militantes partidistas, militantes de izquierda asociaciones de vecinos, club de madres y asesores.

La Iglesia se consolida como un espacio de referencia para la organización popular en barrios, y los núcleos también se convierten tanto en puerta de entrada como en soporte institucional, donde la interacción de influencias recíprocas es, tal vez, la característica básica de las experiencias movilizatorias. El papel de la Iglesia asume características bastante diferenciadas. En algunas regiones el apoyo se manifiesta más por la acción de cada padre que por una concepción de trabajo articulado, donde las Comunidades Eclesiásticas de Base y el trabajo de las Pastorales Obreras son los embriones del surgimiento de muchos movimientos.

En muchos barrios, las Sociedades de Amigos de los Barrios se organizan a partir de una articulación entre militantes ligados a la Iglesia, militantes de izquierda de diferentes orígenes políticos y militantes obreros residentes en la región, adquiriendo una dinámica que se propone como más política a medida que los presupuestos de acción trascienden las reivindicaciones locales. La acción de las Sociedades de Amigos de los Barrios - algunas bajo la dirección de militantes de partidos clandestinos de izquierda y dirigentes sindicales, otras con orientación más autónoma, próximas a la Iglesia, con una mayor o menor politización - se concentra, básicamente, alrededor de los problemas específicos de los barrios.

Los activistas sociales adquieren, a través de su intermediación, el papel de aglutinadores de los vecinos dispersos en los barrios que a pesar de estar afectados por problemas urgentes no se manifestaban ni organizaban colectivamente. Las prácticas de los articuladores sociales, con matrices ideológicas diferentes - Iglesia, militantes de izquierda, profesionales - definen un proceso donde estos actores poseen respecto a la población discursos que representan diversas formas de abordaje de la realidad y distintas alternativas de actuación y articulación frente a los problemas vividos, considerados como inaceptables, y frente a la percepción de sus derechos.

La principal preocupación consiste en estimular la participación política de los pobladores de la región a través de las luchas por las mejoras de los barrios. De todos modos, sus presupuestos de movilización no siempre logran una repercusión gene-

realizada, consiguiendo la adhesión de algunos líderes pero sin alcanzar la base. A pesar de que la coyuntura sociopolítica esté proporcionando un clima de politización y demandas, el nivel de despolitización de la mayoría de los pobladores es un obstáculo para motivarlos a participar más activamente.

También adquiere una relevancia especial el trabajo de las mujeres en las organizaciones no institucionales, como es el caso de los Clubes de Madres. La participación de las mujeres se da en la labor cotidiana del movimiento, resaltando su preferencia por el anonimato, y el trabajo en pequeños grupos pautados por el estímulo de las prácticas. Los Clubes de Madres funcionan como inductores de las luchas en diversos barrios y, como en otros sitios, el papel de las mujeres se destaca a medida que recae sobre ellas la solución de múltiples problemas derivados de las carencias cotidianas. Sus integrantes elaboran, a partir de las necesidades y luchas, una noción colectiva de derecho que es fruto de reconocimiento de su privación, no ya en la esfera individual sino también en el plano social. En muchas situaciones, la práctica de los Clubes de Madres está articulada a través del trabajo pastoral y de la Iglesia Católica, de su crecimiento y de su relación con los movimientos más estructurados.

El papel de las mujeres, no sólo a través del Club de Madres, sino en formas menos estructuradas, también representa una ruptura con los patrones tradicionales de vivencia en la esfera de lo privado. A partir de su compromiso con los problemas del barrio y sus carencias, la participación de las mujeres ha contribuido para romper el aislamiento en que éstas se situaban tradicionalmente en calidad de amas de casa. Al instalarse, en cierta forma, dentro de una práctica de reflexión colectiva, ellas se transforman en verdaderas articuladoras de estos movimientos.

Frecuentemente la Iglesia fortalece al movimiento popular, principalmente a través de trabajo de sus agentes pastorales, que ejercen el papel de inductores proporcionando soportes materiales y no materiales a los esfuerzos movilizatorios de la población, sin substituir con eso la acción de los propios pobladores. La Iglesia se configura no sólo como un soporte institucional, sino mas bien como un agente motivador y dirigente de las bases, promoviendo una nueva mentalidad institucional y definiendo los límites de su propia acción.

En lo referente a los recursos colocados a disposición del movimiento, se destaca la capacidad de encontrar profesionales que interactúen con el movimiento popular, en el sentido de proporcionar subsidios fundamentales que posibiliten una articulación de sus demandas frente al Estado. Entre los asesores, se destaca el papel de

sempeñado por médicos sanitaristas, abogados, arquitectos, trabajadores sociales y otros profesionales, que trabajan junto a la población. Estos proporcionan informaciones que los organismos públicos no desean ver difundidas entre la población, la cual a partir de estos datos tiene mejores condiciones para exigir sus demandas. El trabajo de los asesores es diverso de acuerdo a la línea política de cada grupo. Las diferencias se amplían, inclusive, en la forma en que estos actúan frente a los funcionarios del Estado.

La influencia de los «articuladores sociales» o «asesores» como mediadores en el plano del desenvolvimiento popular hacia una práctica participativa, a través del desarrollo de la conciencia crítica es innegable; el papel de estos agentes asume características bastante diversificadas dentro de los distintos movimientos. Se verifica una representatividad significativa de grupos de profesionales cuyo trabajo hace posible, entre la asistencia y la militancia activa, una universalización de conocimientos, auxiliando a los pobladores y distribuyendo información para que éstos alcancen sus reivindicaciones de manera más activa. El papel de los profesionales y asesores asume rasgos muy significativos a través de su acción pedagógica, aspecto relevante en el crecimiento del grado de concientización de los pobladores en la medida en que contribuyen a ampliar e incorporar cuestiones colocadas más sistemática y orgánicamente en la elaboración de los movimientos, en el proceso de presión y negociación con el Estado.

Dimensiones de la acción colectiva

La mayoría de los movimientos representan manifestaciones puntuales en cuanto a las características de sus demandas, lo que no los identifica con formas inferiores de movilización. Sus límites están dados por la existencia de objetivos definidos principalmente por la obtención de necesidades vitales para una reproducción adecuada de su fuerza de trabajo.

Algunos movimientos configuran el surgimiento de prácticas que redefinen las relaciones entre el Estado y la población, generando demandas en un espacio que, a pesar de regulado por el Estado, no controla plenamente su institucionalización. En algunas situaciones emergen formas de movilización que reflejan una expansión en el nivel de politización de las demandas y la posibilidad concreta de ampliar el nivel de participación popular en la gestión de la cosa pública.

Se trata de movimientos sectoriales que aglutinan un cierto número de grupos de base de un determinado sector de la población que cuenta con el apoyo de diferen-

tes agentes. Su origen también es variado. Frecuentemente han surgido por iniciativa de los mismos grupos de base a partir de un cierto nivel de desarrollo. Mientras tanto, su configuración y visibilidad pública se consolidó como consecuencia del trabajo de los activistas, intelectuales y centros de promoción vinculados al desarrollo de prácticas participativas con miras al cambio social. Son movimientos dirigidos por sus participantes, sin desconocer por esto la influencia de los «agentes externos» o «asesores». Las personas afectadas en la esfera de lo cotidiano se percatan de que el Estado no les asegura su bienestar común, siendo entonces necesario que la población presione a los organismos públicos para resistir a la pobreza y a la exclusión.

Su dinámica de acción configura un cuadro donde la mayoría de las prácticas reivindicatorias no se han pautado en el sentido de transformar a la sociedad, imprimiéndole un nuevo sentido. Estas luchas poco afectan a la esfera política, pero han representado una presión permanente, marcada por coyunturas de flujo y reflujo, sobre el Estado, para obtener respuestas concretas a sus demandas a través de lógicas específicas de funcionamiento, pautadas por un mayor o menor encuadramiento institucional.

Los movimientos reivindicatorios urbanos han puesto de manifiesto una identidad conformada a partir de la construcción colectiva de una noción de derechos, que implicada directamente con la ampliación del espacio de la ciudadanía, da lugar al reconocimiento público de sus carencias.

Dentro de la gran variedad de movimientos sociales que explicitan un cambio de forma de la acción colectiva en las sociedades contemporáneas, los movimientos reivindicatorios urbanos, así como tantos otros, a pesar del discurso de los partidos de oposición al conferirles un espacio, prácticamente no encuentran formas de expresión en el sistema político, problema particularmente agudo en los recientes procesos de revalorización de la democracia y de la apertura política.

Las diferencias políticas e ideológicas originarias de los agentes que trabajan dentro de los movimientos reivindicativos urbanos permiten establecer matices entre los diversos actores implicados y su relación con los pobladores. Mientras que una parte significativa de «agentes externos» asume su papel como asistentes que facilitan la acción de los pobladores, otra se ve como parte integrante del propio movimiento social que está siendo construido, asumiendo un inequívoco compromiso con las luchas populares. Se trata de un tema muy polémico, en el que existe una cierta tendencia a percibir a los «articuladores sociales» como parte del propio mo-

vimiento, convirtiendo en una tarea difícil el establecer diferencias sustanciales entre los actores envueltos.

Los movimientos reivindicatorios urbanos configuran una sumatoria de cuestiones que se reflejan en la constitución de una cultura política bastante específica. Como se ha descrito, se trata de sujetos sociales que exigen la satisfacción de sus necesidades urbanas básicas. En este proceso diversos movimientos pasaron de la necesidad objetivamente existente hacia la conciencia de la necesidad a partir de la superposición de diversos factores de los cuales resulta la práctica reivindicatoria. Esta, por su parte, se convierte en marco de una posible identidad social, principalmente en la constitución de diferentes formas de organización pública.

En la mayoría de los casos, el barrio o la región se estructuran como una unidad de referencia, a partir de la carencia de servicios y/o equipos urbanos. Mientras que en la dinámica de reivindicación diferenciada no se puede afirmar que la situación de carencia sea directamente vinculada al nivel de movilización desarrollado, pero sí al nivel de socialización y de elaboración del sentimiento derivado de la ausencia de servicios o de precariedad en las condiciones de vida.

Los movimientos reivindicatorios, en su mayoría, no colocan demandas innovadoras de institucionalización o de representación social, mientras que configuran reclamos de ciudadanía social, estructurados de diferente manera y determinados por el actual proceso de revalorización de la democracia. Así, con pocas excepciones los movimientos no formulan una propuesta más amplia, pero refuerzan un discurso de rechazo de la política, lo cual acaba reproduciendo de forma más permanente la dimensión específica de sus demandas, a pesar de explicitar, a partir de la noción de sus derechos, la necesidad de superar el aislamiento cotidiano para enfrentar un orden injusto (Jacobi, 1985).

Actualmente se observa que la modificación del orden político no es un requisito de sobrevivencia de los movimientos urbanos, mientras no se puede dejar de considerar que algunos representaron una ruptura con el status quo predominante en los procesos reivindicatorios. Esta ruptura se da cuando los integrantes del movimiento trascienden su espacio privado y se formalizan en el plano público, cuestionando frecuentemente las normas que rigen determinados procesos, como es el caso de la implantación de concejos populares u otras formas de autogestión.

Los movimientos reivindicatorios urbanos, en la práctica, muestran que aquellas formas han sido adecuadas para asumir su dimensión en el cotidiano social del pa-

ís. Muchos autores exageraron la capacidad de los movimientos para forjar una nueva sociedad, resaltando su importancia en la creación de mecanismos contraculturales y anticapitalistas. Aunque sin ignorar los elementos innovadores presentes en algunos movimientos, la marca predominante es la de acciones reivindicatorias puntuales destinadas a la obtención de determinados objetivos concretos.

En este sentido nuestra interpretación se opone al abordaje bastante predominante que enfatiza la transformación social a través de las acciones alternativas, independientes y autónomas. Entendemos que no se trata de un proceso polarizado, en el sentido tradicional, conteniendo dos campos opuestos: de un lado el movimiento social - espacio de libertad y embrión de estrategia de contra-poder -, y del otro lado el sistema institucional locus de control y dominación de los grupos reivindicatorios. El proceso que deriva de esta polarización fue entendido, por muchos investigadores, como un conflicto entre dos campos cuyo resultado casi nunca es conocido como una síntesis que transforma a ambos, pero generalmente sí es identificado como la dilución de uno por la interferencia del otro. Aunque el elemento innovador en estas experiencias sea su relativa autonomía frente al Estado, partidos y grupos políticos, estos movimientos no recusan frontalmente la posibilidad de una negociación que, frecuentemente, institucionaliza sus prácticas, provocando transformaciones en ambos polos del proceso.

Los intervalos políticos en la vida cotidiana están representados no sólo por el significado que la presencia de las diversas prácticas reivindicatorias urbanas ejercen sobre la acción del Estado, así como por el impacto de las políticas públicas sobre los movimientos. Se trata de un arma de doble filo, frecuentemente oscurecida por el triunfalismo o por el reduccionismo de las interpretaciones. Las prácticas de reivindicación, su consolidación y su trascender del inmediatismo y del localismo representan el cambio cualitativo del modo de pensar de la ciudadanía social. La continuidad de la acción reivindicatoria no se registra en la mayoría de los casos y la capitalización de las experiencias pasadas ocurre en situaciones específicas; la marca es la temporalidad y esto no representa su descalificación pero sí la definición más precisa de sus límites. Sus potencialidades residen justamente en las posibilidades de ruptura que pueden significar ya sea en el plano de lo cotidiano, de la política y principalmente en la democratización de las prácticas institucionales de una sociedad que transita el arduo camino de la consolidación democrática.

Referencias

*Cardoso, Fernando E., REVISTA BRASILEIRA DE CIENCIAS SOCIAIS. 1, 3 - San Paulo. 1987; Movimientos sociais na América Latina.

- *Jacobi, Pedro, POLITICAS PUBLICAS DE SANEAMENTO BASICO E SAUDE E REIVINDICAÇÕES SOCIAIS NO MUNICIPIO DE SAO PAULO 1974-1984.TESIS DOCTORAL. - San Paulo, FFLCH-USP. 1985; Movimentos Sociais Urbanos no Brasil: Reflexao sobre a literatura nos anos 70 e 80.
- *Jacobi, Pedro, BOLETIM BIB. 23 - Río de Janeiro, Brasil, ANPOCS. 1978; Paradigma e Movimento Social: Por Onde Andam Nossas Idéas.
- *Machado, Luis A.; Ribeiro, Ana C., CIENCIAS SOCIAIS HOJE. - Sao Paulo, ANPOCS/Cortez. 1985;